**Cuentos estropeados**

Argemí Costa

**Portada**

Alex Pelayo

Gracias a Frank y a Juan

10 de Octubre 2016

Copyright: Argemí Costa (argemic@yahoo.com)

*Se llaman cuentos estropeados porque las historias que se cuentan en ellos parecen ir en un sentido pero al final acaban de otra manera, se estropean.*

*El objetivo es que el niño dude de ese final y plantee un final alternativo.*

*Esto debería motivar en el niño la idea de que él tiene mejores ideas que un escritor ¡que ha escrito un libro!, y que por tanto él puede ser escritor.*

*Idealmente, los cuentos deberían ser leídos por los padres a los niños o por el profesor en clase a fin de reflexionar conjuntamente sobre los finales alternativos.*

*Si queremos que nuestros hijos construyan un mundo mejor del que les dejamos —aunque lo tendrán fácil—, deben saber que las cosas no tienen por qué ser como son y que todo está por hacer.*

*Los 22 cuentos de este libro intentan alimentar ese sentido crítico.*

*Borges decía que detrás de cada lector hay un escritor, de la misma manera detrás de cada niño hay un creador de historias.*

**El gusano**

Cuando se dice que la naturaleza es cruel, se dice porque los animales no paran de comerse unos a otros, pero la naturaleza puede ser también cruel de otras maneras.

Érase una vez un gusano tan feo tan feo tan feo, que todos los insectos se reían de él.

Subía a los árboles y los otros gusanos se reían de lo feo que era.

Bajaba al suelo y las hormigas se reían de lo feo que era.

Subía a las flores y las abejas se reían de lo feo que era.

Se escondía debajo de la tierra y las lombrices se reían de lo feo que era, y mira que las lombrices son feas.

Un día se cansó de que se rieran de él y empezó a fabricar una funda a su alrededor que lo envolvió entero.

Ya no quería saber nada más de nadie.

Estaba tan enfadado con todo el mundo que ya nunca más salió de allí dentro.

Esto es lo que hizo nuestro gusano aunque una mente sin igual inventaría otro final.

**Urx, el niño troglodita**

Urx es un niño troglodita.

Vive junto a su familia en una cueva que su padre y sus hermanos le quitaron a un gran oso.

Es el primer año que han aprendido a hacer fuego, y en la entrada de la cueva tienen una hoguera que está encendida siempre, tanto de día como de noche.

A la hora de comer toda la familia se sienta alrededor de la hoguera, los padres, los hijos y los abuelos.

Hoy toca jabalí.

La carne de jabalí es muy dura y a los abuelos de Urx les cuesta masticarla pero no hay otra cosa.

La madre de Urx es la encargada de ir cortando la carne con un cuchillo de piedra.

Le pasa los trozos a Urx y él se los va pasando al resto de la familia.

—Para la yaya Yuma— le dice su madre mientras le da un trozo de carne dura.

Urx, por no levantarse, le lanza el trozo de carne a su abuela, con tan mala suerte que cae en medio de la hoguera.

Toda la familia empieza a gritarle.

Rápidamente el papá de Urx coge un palo y saca el trozo de carne del fuego.

Cuando lo coge con la mano, como ahora está blandito se le queda pegado en los dedos, se quema y lo tira lejos, al tiempo que le grita a Urx que si quiere volver a comer carne de jabalí lo va a tener que cazar él mismo.

Esto es lo que hizo el padre de Urx aunque una mente sin igual inventaría otro final.

**El oro de Rosalinda**

Martina Cortez vivía en una mansión.

La casa tenía tantas habitaciones que en ella podían vivir doscientas personas, pero solo vivían cinco: Martina, sus padres, su abuela y su hermano mayor Diego.

Martina se pasaba todas las vacaciones de verano en la casa.

Y es que en vacaciones la familia Cortez no se podía ir a ningún sitio, porque aunque vivían en una mansión en realidad eran pobres.

Pero esto no siempre había sido así, casi cada noche su abuela les contaba la historia de la tataratiaabuela Rosalinda.

Rosalinda, a pesar de ese nombre, no era una chica muy delicada.

Fue la hija única de un matrimonio muy serio.

Cuando a los dieciocho años quisieron casarla con un señor muy mayor y muy feo, rompió varios muebles y se marchó a Australia.

Allí, nadie sabe cómo, acabó siendo la dueña de una gran mina de oro.

Dicen que tenía a su cargo a más de mil mineros, pero a pesar de estar rodeada de tantos hombres, nunca se casó.

Un buen día, ya con ochenta años, apareció otra vez en el pueblo de su infancia.

La gente empezó a decir que había traído un montón de oro porque la carroza en la que llegó iba tirada por doce caballos.

Se metió en la mansión de la familia y desde ese día ni salía ella ni dejó nunca que entrara nadie. La gente del pueblo empezó a inventar cosas como que utilizaba cocodrilos en vez de perros para proteger la casa o que estaba fabricando una máquina porque oían ruidos.

Cuando murió todo el mundo creía que en la casa había un tesoro escondido.

Y es por eso que a Martina, en vacaciones, le daba igual no poder ir a ningún sitio, se dedicaba a explorar las habitaciones de la casa en busca del oro de Rosalinda.

Había dibujado un mapa de toda la casa. Cuando terminaba de explorar todo lo que había en una habitación, la tachaba e iba a por la siguiente.

Las puertas de algunas habitaciones costaban mucho de abrir, cuando ella sola no podía llamaba a su hermano Diego que, por el precio de un postre, la ayudaba a empujar.

Un día encontraron una puerta tan pesada que incluso entre los dos tardaron un buen rato en abrir lo justo para que Martina pasara.

* Hay que ver lo pesadas que hacían las puertas antes.

Esto es lo que le dijo Martina a su hermano aunque una mente sin igual inventaría otro final.

**Orzowei**

Orzowei era un niño de la tribu de los bantús.

Los bantús no ponían el nombre a los niños al nacer, se lo ponían a los cinco años de edad, cuando veían como eran.

Orzowei significaba «niño que corre en la dirección equivocada».

Mañana cumplirá doce años.

Todos los niños bantúes, al llegar a los doce años, tenían que pasar una prueba para demostrar que ya eran hombres.

La prueba consistía en ir a la selva solos, con una lanza, y cazar algún animal que pesara más que ellos.

Para demostrar que lo habían conseguido, debían llevar a la tribu algún trofeo del animal: la garra de un león, el cuerno de un búfalo, el diente de un cocodrilo.

Y llegó mañana.

Y toda la tribu fue a despedirle.

Orzowei caminaba hacia la selva disimulando lo asustado que estaba.

Cuando ya estaba lejos tiró la lanza y se puso a llorar.

Sabía que no era capaz de cazar ningún animal.

Y sabía que cuando volviera con la tribu sería un mindundi. Mindundi en bantú significaba «caca de gusano».

Durante el día no dejó de caminar y pasó algo de miedo, por la tarde, cuando se ocultaba el sol pasó un poquito más de miedo, pero fue durante la noche, en medio de la oscuridad, cuando pasó mucho, pero que muchísimo miedo.

Al día siguiente lo primero que vio fueron unos buitres volando en círculo, señal de que habían encontrado algún animal muerto para comer. Eso le hizo pensar en la muerte, luego pensó en su muerte y decidió volver.

En el camino de vuelta, sin darse cuenta, fue a parar a una zona de arenas movedizas.

Empezó a hundirse. Por suerte se pudo coger a una liana y consiguió salir. Los mayores de la tribu explicaban que esa zona estaba llena de animales muertos que se habían hundido en la arena, animales muy pesados como leones, búfalos e incluso rinocerontes.

Pero lo que le impresionó más fue el viejo elefante.

Los elefantes, cuando son muy mayores y sienten que van a morir, se apartan de la manada y se dirigen a un lugar secreto que los bantúes llaman jamcaput, «cementerio de elefantes», jam significa «elefante».

Un viejo elefante pasó caminando lentamente muy cerca de Orzowei. Tardó tanto en pasar que lo pudo ver tranquilamente: la trompa, los viejos colmillos, las orejas, la piel arrugada, sus grandes pies levantando polvo.

Llegó a la aldea y, efectivamente, fue tratado el resto de su vida como un mindundi, pero a lo largo de esa vida nunca olvidó la selva de noche, los buitres, las arenas movedizas y, sobre todo, el viejo elefante.

Esto es lo que hizo Orzowei en su aventura por la selva aunque una mente sin igual inventaría otro final.

**El jilguero y la araña**

Un jilguero tenía un nido con cuatro hermosos huevos.

Normalmente un nido lo han de cuidar un papá jilguero y una mamá jilguero, pero la mamá había caído en una trampa y ahora estaba en una jaula.

Así que el jilguero estaba solo y asustado mirando a cuatro huevos que se abrirían en cualquier momento.

En cuanto uno de los huevos se empezó a mover y se abrió, papá jilguero no se quedó ni para ver como era su hijo, salió a toda prisa a cazar insectos.

Si se hubiera quedado se habría dado cuenta de que su primer hijo era un pájaro muy movido.

Tanto se movía que sin darse cuenta tiró otro de los huevos del nido.

El huevo no se rompió, y no se rompió porque no llegó a tocar el suelo, y no llegó a tocar el suelo porque se quedó colgando de una telaraña que había un poco más abajo del nido.

Cuando llegó papá jilguero y vio el huevo colgando, se asustó tanto que casi se le escapan las moscas que traía en el pico.

Dejó las moscas en el nido y cogió la telaraña con mucho cuidado para subir el huevo otra vez.

A la araña eso no le hizo ninguna gracia:

—¡Eh, tú, plumífero! ¿Qué crees que estás haciendo? Me habéis roto la telaraña.

—Lo siento mucho, ochopatas, pero es que uno de mis huevos se ha caído del nido y su telaraña le ha salvado la vida. Se ve que mi hijo mayor es muy movido y lo ha debido tirar.

—¿Y a mí que me importan tus hijos? Yo también tengo derecho a vivir, ¿no?

—Claro, y le estoy muy agradecido por haber salvado la vida de mi hijo. Es una gran suerte tener una telaraña justo debajo del nido.

—Pero ahora tengo que fabricar otra telaraña para cazar insectos, si no, me moriré de hambre.

—Ochopatas, ¿le podría pedir un favor? Antes de marchar ¿podría tejer otra telaraña debajo de mi nido?. Si no lo hace, me voy a tener que quedar cerca vigilando a mi hijo para que no vuelva a tirar ningún huevo. Y si lo hace, me podría ir más lejos y cazar insectos más grandes.

—Ni hablar, no voy a construir una telaraña para salvar a tus hijos. Adiós, señor plumífero.

—Adiós, señora ochopatas.

Y así se despidieron el jilguero y la araña aunque una mente sin igual inventaría otro final.

**El gato zen**

La familia Lapen del Nepal vivía en una granja.

Y tenían problemas con las ratas, aunque sería más acertado decir que tenían problemas con la rata.

Era una sola rata, pero como era tan lista y nunca la podían matar parecían muchas.

Llevaba tiempo haciendo lo que quería por la casa sin dejarse atrapar.

No comía ninguna comida envenenada, no caía en ninguna de las trampas que le preparaban, siempre que la veían había un agujero cerca por el que escapaba.

Cerca de la granja había un monasterio budista.

Los monjes budistas son tan buenos que dan refugio a todo tipo de animales: perros, gatos, pájaros, murciélagos, insectos, ….

Un día se acercaron al monasterio a pedir un gato cazador de ratas.

Entraron al patio y les fue a recibir un monje, muy anciano.

Cuando le explicaron el problema les señaló un gato que estaba estirado, durmiendo debajo de un árbol.

El patio estaba lleno de gatos saltando de un lado al otro, ese era el único gato que no se movía.

Cuando se lo dijeron el anciano siguió señalando al mismo gato.

El primer día el gato no se movió del lugar en el que lo dejaron.

Aun así, la rata, que era muy lista, pasó muy lejos de él.

Pero fueron pasando los días y la rata cada día se acercaba más al gato.

Un día pasaba a tres metros.

Al día siguiente pasaba a dos metros.

Al otro apenas a un metro.

Hasta que la familia se cansó de aquel gato perezoso y fue a devolverlo.

Y así fue como el gato volvió al monasterio aunque una mente sin igual inventaría otro final.